



XVIII Domingo durante el año
1- VIII- 2010

Textos:

Ecl.: 1, 2; 2, 21-23.

Col.: 3, 1-5. 9-11.

Lc.: 12, 13-21.

¿Para quién será los que has amontonado?

Hoy la Palabra de Dios nos enseña y exhorta a ser sabios frente a los bienes materiales.

“¡Vanidad, pura vanidad! ¡Nada más que vanidad!”, dice el Libro del Eclesiastés; Pablo nos recuerda que “la avaricia es una forma de idolatría” y Jesús nos pide que nos cuidemos de toda avaricia.

Ante el pedido de “uno de la multitud”, para que Jesús interviniera en un pleito que éste tenía con su hermano por los bienes heredados; el Señor se resiste a ser mediador en un asunto de ese género: “¡Hombre!, ¿Quién me ha constituido juez o arbitro entre ustedes?”

La respuesta de Jesús eleva el nivel de la pregunta. “Le negó lo que pedía – afirma san Agustín -, pero es más lo que le dio que lo que le negó. Él le pidió que juzgase sobre la posesión de la herencia, y Jesús le dio un consejo sobre el despojo de la codicia. ‘Tú me pides que tu hermano te dé tu parte en la herencia. Yo, respondí, les digo: Guárdense de toda codicia’” (Serm. 107a).

Este tema es importante, especialmente en una cultura “patológicamente” consumista cuyos objetivos se manifiestan en la trilogía del tener- poder- placer, y donde el tener es más importante que el ser. De esta manera Jesús nos ayuda a distinguir entre el ser y el tener. “El ser es la vida y la existencia del hombre, el tener son las posesiones grandes o pequeñas que le permiten seguir viviendo. La advertencia de Jesús consiste simplemente en que el hombre no debe convertir el medio en el fin, ni identificar el significado de su ser con el aumento de sus medios” (Von Balthasar).

Antes del desarrollo de la parábola, el Señor nos pide que nos cuidemos de la avaricia, pues ella “es inútil, porque no consiste en la abundancia de la vida del hombre es decir, no se alarga la vida del hombre a medida de las riquezas” (San Cirilo de Alejandría).

Jesús – Maestro, trató de enseñarles y enseñarnos con la parábola del Rico Necio y sus graneros, lo nocivo de la avaricia. Lo primero que descubrimos en el personaje de la parábola, es a un hombre de “carácter truculento, espíritu tacaño” (San Basilio). También descubrimos a un hombre ganado por la angustia de la abundancia,

paralizado por el dinero y como dice sin rodeos san Basilio: “Todo lo ves oro, lo juzgas oro, en el oro sueñas mientras duermes, y lo anhelas cuando estás despierto (...), tu alma, poseída por la avaricia, todo lo ve oro, todo lo ve plata. Miras con más gusto el oro que el sol. Quisieras que todo se transformara en oro y te esfuerzas por todos los medios por alcanzar ese objetivo” (S. Basilio “Discurso a los jóvenes”). Estas palabras nos recuerdan al legendario rey Midas de Frigia, que obtuvo del dios Baco la facultad de trocar en oro cuanto tocaba y por esto, el pobre Rey murió de hambre.

Hermanos, debemos comprender que nunca el rico necio se sentirá plenamente satisfecho, algo parecido le ocurre al hombre de esta cultura consumista. El ansia de bienes lo acosa sin cesar. “No hay saciedad – dice san Basilio – ni alcanza el término del deseo”.

En este sentido se podría decir que la codicia hace del rico o del consumista compulsivo, un menesteroso crónico y “su alma se agota constantemente en preocupaciones, por su afán de tener siempre más (...) Todo lo que el ojo ve, lo desea el avaro” (Id.). No es otra cosa que la paradoja de “la angustia de la exuberancia” (San P. Crisólogo). El pobre hombre de la parábola medita no sobre como repartir lo que había recogido con exceso, sino sobre como guardarlo. He ahí la causa de su turbación, “se angustia no por la escasez, sino por la abundancia, (...) es turbado por la abundancia, no por la escasez” (San Agustín. Serm 107). Y al decir de Job: “En el colmo de la abundancia, lo asalta la angustia” (Job 20, 21).

Recordemos que la palabra “angustia” viene de “angustus”, estrecho. Su alma se había “estrechado”, “angostado”, como sus graneros (Cfr. P. A. Sáenz). Graneros del egoísmo lo llaman los Padres de la Iglesia.

El personaje de la parábola piensa que con sus bienes podría adueñarse de la vida y se dijo: “Alma mía tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida”. Pero Dios le dijo: “Insensato, esta misma noche vas a morir ¿Y para quién será lo que has amontonado?” De esta manera el Señor nos enseña que “precisamente cuando queremos adueñarnos de la vida como una especie de bien, esta se nos escapa” (Benedicto XVI. L’Obs. Rom. Nº 23, 6.VI.2010).

Lo que afirmamos del personaje de la parábola podemos decirlo de un gobierno y de sus políticas económicas, cuando se olvidan que solo son administradores de los bienes comunes que no son para guardar en graneros propios sino en los graneros de todos.

Hermanos, en nuestra relación con los bienes materiales, se manifiesta nuestra sensatez y sabiduría, a la que nos exhorta san Basilio diciéndonos: “El dinero lo vas a dejar aquí, a pesar tuyo; mientras el honor que consiguieras con tus buenas obras, las vas a llevar contigo ante el Señor, cuando todo el pueblo reunido a tu alrededor frente al juez común, te proclame sustentador, bienhechor, saludándote con todos los nombres propios de la caridad” (San Basilio. “Discurso a los jóvenes”).

Pidamos al buen Dios la gracia de la sensatez y la sabiduría en el manejo de los bienes materiales.

G. in D.

Sofía T. de Santamarina 551 – Monte Grande (B1842HVN) – Buenos Aires – Argentina
TE: 054-011-4290-0527
www.inmaculadamg.parroquia.org – e-mail: mensajes@inmaculadamg.parroquia.org